

De sí mismo, y de su crimen,  
De allí huyendo se alejó;  
Y al sér que labró su infamia,  
Pero que encendió su amor,  
Solemnizarle á sus ojos  
En las tinieblas dejó;  
Y doblando de la noche  
Con sus quejas el horror,  
Dijo así el triste, llorando,  
O así decirlo pensó:

—“Caed sin vergüenza, orgullo,  
Llorad sin afrenta, honor,  
Que de llanto y de deshonras  
Sepulcro las sombras son!!!”

—\*—\*—

V.

Honor y amor hacen locos.

DON LUIS.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,  
Casi perdido en la sombra,  
Y el paso, como el que espera,  
Para, lo alarga ó lo acorta.  
Y así, sereno ó impaciente,  
Mira rodar horas y horas,  
Mientras convulsos sus labios  
Murmuran, rezan ó votan.  
Su descompuesto semblante  
Bien á las claras denota  
Que el corazón del de Castro  
Mudos instintos acosan.  
Y poco será por cierto,  
Aunque á su mirada torva  
La imájen se le presente  
De la ensangrentada esposa,  
Y que flébiles las brisas  
Imiten sus quejas hondas,  
A cuyo són entrañable  
Llore infeliz, como llora;  
Que es distinto cuando un hombre  
Juzga de un crimen á solas,  
Que cuando ardiente al cerebro  
La sangre en monton se agolpa.  
¡Oh, mucho diera sin duda  
Por disipar el aroma  
De aquellas manos sangrientas  
Que desesperado frotó!  
¡Quién le volviera á los días  
De mas alegres auroras,  
Cuando escuchaba de Irene  
Mal entendidas lisonjas;  
O á cuando su mente tuvo  
Aun no forradas memorias,  
O á cuando rayó su infancia,  
O á otra edad mas remota:  
Porque son tan verdaderas  
De nuestra vida las glorias,  
Que si nuestra alma una á una  
Las va recordando todas,

Truncando edades y edades,  
De una en otra, y de otra en otra,  
Nuestra mente hasta la nada  
De do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre  
Adivinando las formas,  
Alborozado á su encuentro  
Don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud  
Le apostrofo con voz clara:  
DON LUIS.  
Salud, Don Pedro de Lara.  
DON PEDRO.  
Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios  
Se desprendieron tan hondas,  
Que ambos con mútuo desprecio  
Las tuvieron por congojas.

DON LUIS.  
Mucho, don Pedro, tardasteis.  
DON PEDRO.  
Cual me habeis aconsejado,  
Con Dios me he reconciliado.  
¿Y vos, os reconciliasteis?  
DON LUIS.  
Yo, por si no solventamos  
Algunas cuentas primero,  
Morir condenado quiero.  
DON PEDRO.  
Pues vamos, don Luis.  
DON LUIS.  
Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,  
Con una sonrisa irónica  
Clamó don Luis, estendiendo  
Al aire una banda roja:

DON LUIS.  
Con esta, si no os asombra,  
Nos atarémos, don Pedro.  
DON PEDRO.  
A nada, don Luis, me arredro.  
DON LUIS.  
¡Es tan cobarde la sombra!....  
DON PEDRO.  
Sí, desasirnos podemos....  
DON LUIS.  
¡Huir!.... ¡tan cobarde fuérais!....  
DON PEDRO.  
¡Huir!.... ¡y creer pudiérais!....  
DON LUIS.  
Pues atemos.  
DON PEDRO.  
Pues atemos.

Y al alargarse las manos,  
En tales lides ociosas,

Parece cuando las ciñen  
Que las muñecas se tronchan.  
Y ya fuertemente asidos,  
Miradas se lanzan hoscas,  
Presas las siniestras manos,  
Y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,  
Las aun no manchadas hojas,  
Bastardos sostenedores  
De imaginaciones locas.  
¡A qué dios rendís impíos,  
Como ofrenda ignominiosa,  
La sangre encolerizada  
Que derramais gota á gota?  
¡Ah, sin duda á las deidades  
Que el hombre en su engaño forja:  
—Al amor,—honor—y orgullo!—  
¡Brumas! ¡ilusiones! ¡sombras!!  
Amáina, don Luis, la furia  
De tu pasión rencorosa,  
Que ese puñal homicida  
Por donde baja destroza.  
¡A qué te anegas en sangre  
Por una palabra rota,  
Cuando tantos juramentos  
Falsa quebrantó tu boca?  
¡Duelo comun de los hombres,  
Que con flaqueza notoria  
Venguen las ajenas faltas  
Santificando las propias!  
Detén el puñal, don Pedro,  
Que quien de hidalgo blasona,  
No es justo quite la vida  
A quien ya privó de la honra.  
No vengues, no, de tu amante  
La desastrada memoria,  
Que son del amor recuerdos  
Nieblas del aire traidoras.  
Tente, don Luis, porque en tierra  
A dar vas ciego de cólera.  
Atrás, don Pedro; ¡qué noble  
Debe á un traspies la victoria?  
¡Y adónde estás en tal cuita,  
Imájen de Irene hermosa,  
Que en són de paz sus afanes  
No departes mediadora?  
Sin duda tu acento no oyen,  
Que hombres que á tanto se arrojan  
No es mucho, no, que del cielo  
Voces internas desoigan.  
Cesad, que ya de los rostros  
La sangre á torrentes brota.  
Cia, don Pedro, que mueres.  
El paso, don Luis, acorta.  
¡Ay, que mejor que el alfanje  
Casi el furor os ahoga!....  
El pecho, don Pedro, esquiva:  
Corre.... vuela.... el paso dobla....  
Alza, don Luis, el acero....  
Ten.... oye.... ¡misericordia!....  
¡Triste de vos, el de Lara,  
Si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera  
Que exhaló don Pedro ronca,  
Quedaron del asesino  
Ciegas las potencias todas;  
Y mientras la calma espera  
Con resignacion estóica,  
El mutilado cadáver  
Asido al brazo le encorva.  
En vano el acero busca  
Del campo sobre la alfombra,  
Para evadirse del peso  
Que cruelmente le agobia;  
Pues al sepultarle airado  
Con la indignacion mas loca,  
Quedó del triste don Pedro  
Entre las entrañas concavas;  
E inútilmente su diestra  
Las ligaduras destroza,  
Por ver si un piadoso esfuerzo  
De sí el cadáver arroja,  
Que la invisible potencia  
De una deidad misteriosa  
Parece que al mismo crimen  
Al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos  
Que todo su sér trastorna,  
Cree ver los gestos horribles  
De mil figuras diabólicas  
Que asen del muerto, doblando  
El peso que le acongoja,  
Y huye, arrastrando el cadáver  
Que le demandan las sombras.  
Sin escuchar sus aullidos,  
Carcajadas estentóreas,  
Que pavoroso el infierno  
En señal de triunfo aborta.  
Y es inútil, si conrito  
La gracia de Dios no implora,  
Que huya, rompiendo los lazos  
Que al parecer le eslabonan,  
Pues mientras que el mundo cruce,  
Que gire, que pare ó corra,  
Siempre dejando el infierno,  
Verá que su senda cortan,  
Ya la sombra del amante,  
Ya la imájen de la esposa;  
Y aunque no tan crudamente  
Como á él le acosan ahora,  
A cuantos al mundo nacen  
Remordimientos acosan,  
Si no del brazo pendientes,  
Asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado  
En confusion espantosa,  
Los gritos de la conciencia  
Que calladamente asordan,  
Corre el de Castro, ya viendo  
Simas que á sus piés se ahondan,  
Ya fieras que le persiguen,  
Ya montes que se desploman;  
Y trasluciendo entre nubes

De Irene la blanca sombra,  
Unico faro que alumbra  
Al infeliz que se ahoga,  
Por su presencia alentado  
Corre gritando:—"¡perdona!"—  
Y ella:—"¡sígueme!"— responde,  
Cual eco de su voz propia,  
Y siempre asido al cadáver  
Que entre las peñas destroza,  
De la desterrada amante  
Sigue la luz misteriosa,  
Luz que para el pobre Castro  
Es de la esperanza copia,  
Pues la luz de la esperanza  
Es tan intensa y tan pródiga,  
Que cayendo sobre el mundo  
Desde el crisol de la gloria,  
Por mas que su paso obstruyan  
Las nieblas caliginosas,  
Se debe ver del infierno  
Aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh, viendo su atroz martirio,  
No hay Dios, si Dios no perdona  
Al que sus culpas expía  
Con amarguras tan hondas!

¡Ni cuál purgatorio, el cielo  
En el horror de su cólera,  
Pudiera imponer mas duro  
Al que sus leyes trastorna,  
Que atar del verdugo al cuello  
La víctima á quien inmola,  
Y hacerle ver en su angustia  
Las ensangrentadas sombras  
Que desatado el infierno  
Para horrorizarle arroja,  
Nieblas que su vista ofuscan,  
Simas que á sus piés se ahondan,  
Ya fieras que le persiguen,  
Ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,  
No hay Dios, si Dios no perdona  
Al que sus culpas expía  
Con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste  
Que una esperanza remota  
Ve tras la impía falanje  
De muertes mil que le acosan,  
Corre, oyendo débilmente  
Aquel:—"¡sígueme!"—que sorda  
La voz de Irene murmura  
Cual eco de su voz propia,  
Hasta que por fin, rendido  
Al crudo afán que le agobia,  
Ya resbalando en aquella,  
Ya tropezando en estotra,  
Cayó ecsánime el de Castro  
Sobre las heladas rocas,

## VI.

## Dios es piadoso.

DON LUIS.—EL ALMA EN PENA.

Sobre los rudos escombros  
Don Luis sus tormentos sufre,  
En tanto que gota á gota  
Sangre sus heridas fluyen.  
Y solo, y sin esperanza  
Que sus dolores endulce,  
Sin fruto invoca las sombras  
De sus recuerdos ilustres;  
Que hasta en su angustia postrera,  
Dejando su ruego inútil,  
Le abandonaron de Irene  
Las tiernas solicitudes;  
Pues tal vez como las dichas,  
Tambien los amores huyen,  
Y en llegando á un coto cierto  
Tambien como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse  
El último amor anuncie  
Que de la vida del hombre  
La postrer hora se apure,  
Porque deshechos los lazos  
Que á la existencia nos unen,  
Anhela nuestra alma alientos  
De atmósferas mas salubres.

Vanamente sus memorias  
Don Luis al morir reune,  
Porque á su eterna partida  
Con el perdon le saluden,  
Pues solemnizan tan solo  
Sus últimas inquietudes  
Cadáveres que le espantan,  
Demonios que le circuyen,  
Sangre cuyo hedor le ahoga,  
La noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma  
Rindiese en su pesadumbre,  
Exaltado en el delirio  
En que su dolor le sume,  
Volvió exánime los ojos  
A las inmortales cumbres,  
Y vió ante el Señor postrada  
De Irene la imágen dulce,  
Que ya olvidando á su muerte  
Sus negras ingratitudes,  
De su perdon en demanda  
De Dios á los piés acude....

¡Bien haya amén la sombra desterrada  
Que con tan noble empeño  
A expiar sus ensueños condenada  
La causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso  
De los buenos granjeas;  
Cuantos queméis á la virtud incienso  
Conmigo prorumpid:—"¡Bendita seas!"—

¡Ah! tal vez vengan nuestros piés siguiendo  
En lúgubre bandada,  
Cuantos fueron la huesa trasponiendo  
Al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los séres de otro mundo  
Junto á nosotros gimen,  
Y como Irene con amor profundo  
Nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,  
Ya acaso sin enojos  
Gimen al sòn de nuestro mismo aliento,  
Ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fria  
Con tanto amor se paga,  
¡Cuándo la luz de la ecsistencia mia  
El yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno  
Con celestial mansedumbre,  
En santas aclamaciones  
Acorde el cielo prorumpe;  
Y de su gracia impulsado,  
Sobre arrebolaba nube  
Delante de Irene un ángel  
A dar el perdon acude  
Al alma, que atribulada  
Con tétrica incertidumbre,  
Ya de la cárcel terrena  
Rompe los lazos comunes.

Y poco despues se vieron  
Sobre los aires azules  
De Irene y Don Luis las sombras  
Rodeadas de eternas luces,  
Y mostrándolas alegre  
La patria de los querubes,  
Gloriosamente en sus manos  
A entrambas el ángel sube.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.